

trabajo en Nueva España, proviene del castellano, y que los nahuatlismos que registra son menos del 10 por ciento del total observado en los documentos, casi todos en concurrencia con palabras del español, por ejemplo *tequio*, *cuatequiltl*, *tezonque*. En muchos casos se ve una adaptación semántica al español, como es el caso de *macegual*.

En este sentido insiste Patricia Quijas Corzo al analizar el vocabulario minero en la misma fuente que Parodi. En su tesis "El léxico minero incluido en las fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España" (tesis en lengua y literatura hispánicas, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1977), llega a la conclusión de que ésta fue una época propicia al cambio lingüístico por la conjunción de las culturas española e indígena, que dio como resultado la creación de un mundo que participó de elementos de ambas culturas, pero que además presentó nuevas posibilidades. Ambas lenguas resultaron insuficientes para nombrar a este universo naciente. El español finalmente se impuso como lengua de conquistadores, pero para seguir funcionando debió experimentar cambios, al igual que el náhuatl.

Entre las palabras nahuas de uso minero durante la colonia está *malacate*, pero en ninguno de estos trabajos hay referencias a que este instrumento se usara en la minería prehispánica.

Dice el *Diccionario de la lengua náhuatl*, México, Siglo XXI Editores, 1977, que los españoles llamaron *malacate* a una especie de aparato de manivela o de torno del que se valían para sacar azufre del Popocatepetl, sin indicar un uso minero. *Malacatl* viene del náhuatl: de *malin*, que significa torcer algo sobre el muslo, y de *actl*, caña. Por su parte, Langue y Salazar señalan el origen náhuatl del término sin precisar si se usó antes de la llegada de los españoles en las actividades mineras.

El conocimiento de la historia minera prehispánica de Sudamérica, que desempeñó tan importante papel en la minería de este continente antes de la llegada europea, tampoco está desarrollado. La bibliografía sigue siendo restringida; sin embargo, es conocido que hubo varias zonas mineras con diverso grado de desarrollo y de utilización de metales. Una corresponde al norte de América del Sur, otra a Colombia, Ecuador, costa peruana y altiplanicie peruano-boliviana. La metalurgia colombiana del oro y su mezcla con el cobre se propagó a Costa Rica y a las provincias costeras de Ecuador y Perú, donde se manifestó hacia el siglo VI. La de la plata fue esencialmente del litoral peruano y sólo se encontró en el interior hasta la época incásica. Por el contrario, la mezcla de plata y cobre se hace primero en el altiplano, al igual que la del plo-

mo aunque es difícil señalar dónde apareció: si en la costa, en la sierra o en México (Rivet y Asandaux, 1946). El bronce se descubrió en la meseta peruano-boliviana y se expandió por todo el imperio incásico.

En la *Historia de Latinoamérica* publicada por Cambridge University Press, John Murra señala que las sociedades andinas, al comenzar el siglo XVI, eran ricas desde el punto de vista de la tecnología de la construcción, irrigación, textiles, caminos y de la metalurgia.

Estos avances en el conocimiento de la minería prehispánica de Sudamérica confirman que el progreso minero de esta región fue mayor que en Mesoamérica, y que esta última zona recibió una notable influencia del sur. Sin embargo, en el léxico minero de ambas regiones precolombinas no se registra ningún vestigio, conocido, de adopción de palabras quechuas para la actividad minera, probablemente porque los objetos usados eran simples y existían nombres locales para denominarlos.

Muchos son los aspectos de la historia minera latinoamericana que pueden encontrarse en las páginas del diccionario y muchos los que se bosquejan como temas a investigar; ése es otro mérito de la obra, junto al innegable apoyo que proporcionará a los historiadores, en especial a los de la minería latinoamericana, que durante tanto tiempo hemos buscado este diccionario.

Conservadores, liberales moderados y liberales radicales

Rodrigo Martínez

Donald Fithian Stevens, *Origins of instability in early Republican*

Mexico, Durham y Londres, Duke University Press, 1991, xiv, 184 p.

En su reciente libro sobre los orígenes de la inestabilidad política en México durante el periodo com-

prendido entre la independencia y la Reforma, Donald Fithian Stevens pretende resolver este viejo problema acudiendo a un enfoque estadístico, como buen discípulo de John Coatsworth, inspirador metodológico del trabajo. Pero en este caso, las estadísticas se ponen al servicio no de la historia económica sino de la historia política.

En el primer capítulo (“Inestabilidad e historia”) el profesor Stevens hace una breve recapitulación de la historiografía sobre el tema y plantea el objetivo básico del libro: “analizar, cuantificar y poner a prueba las principales explicaciones de la inestabilidad mexicana propuesta en las últimas décadas en la literatura histórica y de ciencia social cuantitativa” (p. 5). El periodo estudiado es 1825-1855.

En el segundo capítulo (“Dando cuenta de los caudillos”) se pone a prueba la explicación según la cual la inestabilidad se debió a las crisis fiscales que enfrentaron los primeros gobiernos republicanos. Stevens elabora varios cuadros donde compara el número de cambios en los puestos ejecutivos nacionales (incluyendo al presidente y a los ministros de Guerra, Finanzas, Relaciones Exteriores y del Interior) con el ingreso nacional del gobierno proveniente de préstamos internos y externos, con los impuestos al comercio exterior, etcétera. Efectivamente, se da una fuerte correlación negativa entre los ingresos fiscales y la inestabilidad del ejecutivo, pero Stevens llega a la conclusión de que “los cambios políticos provocaron las fluctuaciones económicas, y no al revés”. Así pues, las fluctuaciones económicas anuales no fueron una causa de la inestabilidad tan importante como las “permanentes disputas políticas” (p. 26).

A diferencia de buena parte de la historiografía sobre el tema que asocia la “anarquía” de la primera

mitad del siglo XIX con la inconsistencia de los políticos de la época, Stevens prefiere tomar en serio las diferencias políticas e introduce la distinción tripartita entre conservadores, liberales moderados y liberales radicales (que viene a sustituir la tradicional dicotomía de liberales y conservadores, expuesta en el tercer capítulo, “El conflicto político en el México republicano temprano”). La hipótesis general es que “la inestabilidad puede ser explicada por las alianzas cambiantes entre militaristas, conservadores, liberales moderados y radicales, y su aprovechamiento del ejército, la iglesia, las milicias, los campesinos y las muchedumbres urbanas para obtener apoyo político” (p. 7).

La validez de la división tripartita de conservadores, liberales moderados y radicales se muestra en la serie de cuadros de correlaciones estadísticas que presenta Stevens en los capítulos cuarto a séptimo. El capítulo cuarto (“Caminos al poder”) presenta varios cuadros sobre la educación (leyes, militar, eclesiástica, medicina, ciencia e ingeniería) y la carrera (civil y militar), incluyendo la eventual participación en la Guerra de Independencia, de cada uno de estos tres grupos. Muchos de los radicales habían luchado en la Guerra de Independencia y se habían integrado a las milicias estatales y cívicas que compitieron en poder con el ejército nacional. Los radicales con entrenamiento militar fueron muchas veces gobernadores de estados y legisladores nacionales en su primer puesto político. Los radicales civiles comenzaron sus carreras en la legislatura nacional. Muchos liberales moderados participaron en la Guerra de Independencia, pero lo hicieron tanto en el bando insurgente como en el realista. La mayor parte inició su carrera política en el Congreso. Los conservadores, como

era de esperarse, lucharon contra los insurgentes —y después de la independencia pactada por Iturbide para evitar la imposición en México del liberalismo español— participaron en el ejército nacional mucho más que en las milicias. La mayor parte de los conservadores inició su participación en la élite ejecutiva, sin pasar por la gobernación de los estados o la legislatura. Así pues, el conflicto entre radicales y conservadores tiene su origen en la lucha entre insurgentes y realistas. En esta situación, los liberales moderados desempeñaron un papel de mediadores y en algo disminuyeron la inestabilidad política (pp. 56-58).

En el quinto capítulo (“Aferrándose al poder”) se presentan varios cuadros relacionando la inestabilidad con diversos aspectos de la filiación política. Se confirma lo anteriormente dicho de que “las posiciones políticas extremas a menudo provocaron inestabilidad”. Los gobiernos de los liberales radicales y de los colaboradores de Santa Anna fueron más breves que los de los conservadores y radicales moderados (p. 64). Los políticos capitalinos tenían periodos más breves que los provincianos, a quienes salía más cara su estancia en la capital (p. 73). Así pues, las diferencias políticas y regionales, mucho más que las diferencias de experiencia, ayudan a entender la inestabilidad política (p. 74).

En el sexto capítulo (“Paisajes sociales y políticos”) se presentan correlaciones que cuestionan lo que, de Justo Sierra a David Brading, se ha dicho sobre los orígenes regionales de conservadores, moderados y radicales. La capital y el centro de México produjeron una gran cantidad de conservadores, pero también fueron numerosos los liberales moderados y radicales. En el norte y el sur, donde la estructura social

era menos compleja, la relación entre política y divisiones sociales fue más directa. En el norte, donde la abundancia de tierra y los ataques chichimecas produjeron una situación de mayor cooperación entre pequeños y grandes propietarios, predominaron los liberales. En el sur, donde era central el conflicto entre pueblos indios y haciendas criollas, predominaron los liberales radicales. La mayor parte de los conservadores provenía de ciudades relativamente grandes.

El séptimo capítulo ("Condiciones y convicciones") aprovecha el censo de la ciudad de México de 1848 para exponer la relación entre posición política y divisiones sociales. Los políticos dueños de casas más grandes, con mayor número de sirvientes, tenían por lo general periodos más largos de gobierno. Se confirma que los conservadores eran más ricos, que los liberales moderados eran acomodados y que los liberales radicales estaban en la frontera entre lo acomodado y lo precario; todos ellos, sin embargo,

estaban por encima del nivel de vida de la mayor parte de la población. Es interesante la observación de que los liberales radicales, que tanto lucharon contra los bienes de la Iglesia, derivaron en parte su convicción de que muchas veces le rentaban sus casas a la Iglesia. "Las convicciones políticas correspondían con las condiciones sociales."

El capítulo octavo ("Orígenes de la inestabilidad en México") resume las conclusiones obtenidas en los capítulos anteriores y da una explicación final: las raíces de los conflictos políticos de la época se derivan de la "contradicción entre el liberalismo político y la estructura social tradicional que se desarrolló en el periodo colonial". Después de la independencia, los siglos de equilibrio entre los diferentes intereses de los grupos sociales diversos dieron lugar a "un periodo de conflicto antes de que pudiera predominar una u otra de las visiones del nuevo México. Siglos de manipulación social por la monarquía hicieron imposible una transi-

ción ordenada a las instituciones republicanas" (p. 115).

Esta y otras explicaciones del origen de la inestabilidad política en México durante la primera mitad del siglo parecen correctas, pero no son muy novedosas. Es que son conclusiones que en sí no se derivan de las correlaciones estadísticas elaboradas en el libro de Stevens. Entendemos ahora mejor la división de conservadores, liberales moderados y radicales, y en qué condiciones unos permanecían más tiempo que otros en el poder. Pero esto en sí no nos explica por qué los conflictos de estas grandes corrientes políticas se manifestaron en la forma de gobiernos tan extremadamente cortos. El trabajo, sin embargo, es valioso, tanto por la realidad que nos muestra, como por su metodología estadística. Acaso le hubiese ido mejor un título que enfatizara menos los orígenes de la inestabilidad política y más el estudio de los políticos conservadores, liberales moderados y liberales radicales en los inicios del México republicano.